

JESÚS, HIJO Y HERMANO*

FRANCISCO HENARES DÍAZ

Se ha puesto la teología de tal modo —en un nivel de teoría de la recepción hoy— que cada vez que sale una Cristología a la palestra, uno imagina ya gestos de entrecejo y ojos que otean esta salida. Como si escucháramos en bisbiseo: veamos qué nos dice de nuevo este teólogo; o ha sido tan sistemático y pulcro el profesor que parece un quirófano su tratado; o la obra se usará como libro de texto clásico, enterado, perspicuo, pero «sin mojarse». Y como a toda Cristología sigue una Eclesiología, nos figuramos por dónde nos lleva el carro. El carro del auto sacramental, si como en el Barroco español, la nave de salvación en la que Cristo llega es la Iglesia, como acaece en *El veneno y la triaca*, de Calderón.

En esta mi larga reseña sobre la Cristología de Fresneda (*hijo y hermano*, notable y sencilla suerte de definirla) no seré yo quien la cuadricule con tal que quepa en una opinión definitiva. Ya se sabe que el *género reseña* es algo indefinible, en cuanto a entidad literaria que da para todo: opinable, o meramente descriptivo, o meramente lucimiento

del recensionista. Y aún así, siempre se terciaba una tajada de indefinición.

Y aquí estamos. Yo llamo, sin embargo, a esta Cristología, *necesaria*, porque anda perfectamente enterada de lo que ha ido publicándose en los últimos años, y en cuanto a puntos de vista que están aconteciendo, en especial a través del Jesús histórico. Yo la llamo también *sacra pagina* sin altibajos, y sin altisonos, hasta en la misma forma prosística, sosegada, de ir exponiendo. Es una Cristología muy bíblica, muy intencional, a propósito de enseñar, huyendo de toboganes. A veces, suavemente abigarrante, merced a la cantidad de citas del Nuevo Testamento. Pero son una ilación, una hila, a modo de telar, de texto-textura hilachada. Esa es su gloria, a la vez. Esa abigarrante guía, por otro lado, es preciosa y ecuménica, porque se convierte en soplo al oído de un lector bíblico que conozca los caminos, o simplemente se replantee ser guía espiritual, como nuestros clásicos del Siglo de Oro. La entremezcla de esta obra, mitad teología bíblica, mitad guía espiritual es de mérito.

Entre otras cosas, porque nos libra de lo abstruso escolástico que sufrieron bastantes Cristologías de antaño. Digamos, de salida, que el autor no ha querido inmiscuirse en polémicas de turno, y ni siquiera en la bibliografía (y mira que es extensa) sacan mucho la cara autores que están en la mente de todos, por más o menos roces con las jerarquías. Como si se quisieran marcar, de salida, los terrenos, se echa por otros modos.

Comenzando por el mismo título, la suma sencillez de éste es programática, porque aquí está quintaesenciada, como en una píldora, todo lo que podría decirse desde Nicea a Calcedonia, a saber, hablamos del Hijo de Dios. Y si Hijo, hermano nuestro. Ya Fresneda había publicado, anteriormente, abundantes páginas cristológicas (cfr. *Jesús de Nazaret*. Murcia 2007). Ahora se subsuma mucho de aquello y se enlaza con páginas de soteriología, muy bellas, aterrizadas, además, bajo el foco de Francisco de Asís (hacia el final de la obra).

Siguiendo por la *Introducción* se nos confía que la historia de Jesús es el punto de partida, pero eso lleva aparejado, narrar y escudriñar la Escritura. Y también inquirir qué vieron y pensaron los Padres de la Iglesia, observar la fe y culto de los primeros siglos, qué empujaron los Concilios y las Escuelas teológicas. De lo contrario, no se entenderá esa historia salvífica proclamada, no sin después ir acallando la propia Iglesia otros cristianismos que no pensaban de modo parigual. Fresneda, por eso, abre también seguidamente (a partir de las pp. 42-43) la puerta de las Fuentes, tanto cristianas como profanas, los escritos no canónicos y los canónicos. Y, por su-

puesto, harto cuenta la parada y fonda en los evangelios, en especial cómo se formaron, la teoría de las Fuentes, y la Historia de la Redacción que completa la Historia de las Formas. De esas primeras 70 páginas, cumplía proponer unos apuntamientos históricos de los contextos acerca de la política, la Palestina de Jesús de Nazaret, la religión, el culto, las fiestas, los movimientos religiosos del momento. Rematado todo con Juan el Bautista: vida, doctrina, anuncio, Bautismo.

Propiamente, de ahí en adelante (pág. 73 y ss.) comienza la vida y ministerio de Jesús y el Reino, escenario caudal omnipresente, aquí. El Reino es futuro (82-84), presente (81-89). No sobra tampoco delinear qué se entiende por Rey y por Reino: «acción dinámica que mira directamente al hecho del reinar de Dios sobre la historia humana y la naturaleza que cobija» (82). Dimensión, pues, escatológica, en punto al triunfo de Dios, vencedor de otras potencias opuestas. Escatología traducida en esperanza. Pero no se queda ahí, porque YA está el Reino entre nosotros; se toca, está como algo cercano. Presente, pues: la esperanza es borbotón de agua sanadora; los ciegos ven, los cojos andan (Lc. 7, 18-23). Dice bien Fresneda que todo indica que se está ya modificando la historia (pág. 84). Otro apuntamiento me gusta sobremanera (lo guardó en el bolsillo del corazón Francisco de Asís): el Reino aparece en Mt. 4, 26-29 y en otras citas como pequeño don, semilla madurante. Estamos ante la potencia de la debilidad (87-88). ¡Un hurra al grano de mostaza! Ínsito ahí se está proclamando el valor de lo marginado y el valor de los

marginados en nuestra cultura, que es río de marginación. La mostaza: *una revolución dentro de un hueso*, como dijo nuestro oriolano Miguel Hernández. La tensión dialéctica, por tanto, es aquí salvadora. El Juicio de Dios, por un lado, ha comenzado YA como conflicto, puesto que nos funde los moldes inverterados, cuyo origen proviene de siglos atrás (ese *malestar de la cultura* freudiano); por otro lado, el hombre nuevo tiene esperanza de mejorar a aquéllos. Recuerdo haber leído en Bonhoeffer algo así: *el hombre nuevo que se queda sin relacionarse permanece siempre hombre viejo*. Se queda sin lo mejor de la liberación, siempre mirando atrás, a su vejez de siglos. En los evangelios todas las parábolas campesinas, todas las sembraduras del rural, montan una etnografía teológica del reino. Aportación quizás poco explotada por los actuales estudiosos. Lo digo por el cambio de paradigma. O como dice Fresneda. «el nuevo espacio divino que se ha insertado en la historia» (92).

En Cristo, Dios se abre a la historia, pero hay más: en Cristo Dios se abre a los pobres, es para pobres, va contra la marginación de la clase que esta sea. Precisamente, hablando de ese Reino nos presenta los cofres con que éste se oferta. Son los milagros y las parábolas (102-107). Corre por ahí, a la vez, una revalorización de la teología narrativa, que quizás también estuvo algo olvidada en Dogmática (pero no en el *Credo*). Los milagros prueban que Dios no abandona a su pueblo. Más todavía: parten de lo más vivo, de lo más imprescindible para el ser humano. No hay nada menos abstracto que un milagro. Otro tanto acontece con una pará-

bola. Si será así de verdad que cada una de esas entidades literarias (lo recuerda Fresneda con tino) «pasaron por la predicación, las tradiciones preevangélicas y la redacción de los evangelistas que las agrupan y le dan una perspectiva propia» (110). Podríamos decir, efectivamente, que toda comunidad primitiva cristiana metió su mano, rumió, dio forma. Algunas de esas narratologías (la de Lucas, por ejemplo) es tan palmaria que ha quedado como paradigma de parábolas. De ahí también la variedad del género parabólico. Hasta cinco tipos se nos muestran (114-118).

Los discípulos es otro tranco de esta obra (124-142). Quiero destacar que entre estos se cita a las mujeres. Contra lo que podrá esperarse hoy de mucha *teología femenina*, pero no exclusiva de ésta (es inmenso el quehacer editorial, muy digno, y muy abreojos) aquí sólo tres páginas ponen una voz serena; tres pinceladas, como huyendo de polémicas actuales. (133-136). Existe en ellas una abierta proclamación de la mujer en los evangelios, y una traída a escena de mujeres en las parábolas; mujeres en el ministerio de Galilea, en la crucifixión, y María de Magdala es testigo primordial de la resurrección. Sólo veo que una frase se preste a equívoco. Acepta Fresneda con claridad que función y presencia de ellas corresponde al discipulado, «aunque no forman parte de los 12 ni sus funciones tengan que ser necesariamente las mismas que las de los varones de una forma continua» (135). No sé si es reticencia cultural. Pero el recensionista se pregunta, de pronto: ¿Los números (12, 500, etc.) demuestran algo en teología, o es sólo en historia? Y esto otro: ¿ante Cristo, único

sacerdote, de cuya plenitud todos hemos recibido, existen funciones según sexo? ¿Qué cara va a poner la Carta a los Gálatas cuando nos mire entonces? Y la cita de Dunn (Jesús recordado, pp. 614- 616) precisamente indica de sobra que Jesús se aparta de las costumbres y normas usuales. Debe haber ocurrido, por tanto, un *secuestro* a mano de los hombres clérigos en los siglos posteriores, efectivamente. De todos modos, sin mediar en polémicas, las tres mentadas páginas son fontanares de donde beber. *Agua para todos*, como se publicita en Murcia y el Sureste.

Acerca de la enseñanza de Jesús hay páginas (142-187) en esta obra de belleza contemplativa: con la oración al Padre, con formas de orar, con una glosa al *Padre Nuestro*, con otra a las Bienaventuranzas. Aquí, el profesor Fresneda se vuelve a la plática espiritual que tanto ha practicado en vida. Se divierte su reflexión como por un hontanar (y lo es) respecto a la oración: «Es un peligro forjarse dioses a la medida del hombre, o dibujarlos fundados en las proyecciones de los ideales y fantasías humanas. Los ídolos se erigen para asegurar los poderes institucionales, y las peticiones obedecen a estrictos intereses personales» (160). A eso se llama *diákrisis* del orar creyente, y los demás son filfas.

Con ello pasamos a uno de los tramos más esenciales, y más compactos: Pasión, muerte y resurrección (182-260). Es el final del capítulo primero. El capítulo, por cierto, más denso de los cuatro. Imposible una Cristología sin esos mimbres.

El segundo capítulo se acoge a un tema de Cristología de mucha rai-

gambre en nuestros clásicos. Son los nombres de Cristo; o por mejor decir, los *títulos de Jesús*. Hablamos de un conjunto monográfico (278-342) que se acompaña, a renglón seguido, de unas *Reflexiones* sobre esos títulos, las cuales finalizan cabe el Dios solidario. Eso da lugar a otra monografía, de corrida, sobre la *solidaridad de Jesús con los hombres* (342-359). Rebovinemos un tantico: los títulos gozan de merecimientos en la literatura cristiana. En España son magistrales los que glosó fray Luis de León. Algunos de éstos, como *Hijo de Dios*, o *Jesús* recensionados por Fresneda. Jesús como profeta porta la idea de Mediador entre Dios y el pueblo. Las primeras generaciones cristianas se valieron de esos nombres recibidos por tradición (*Siervo, Mesías, Señor*, y otros). Aquí la perspectiva es de salvación, pero avisa fray Luis en su Introducción a *Los Nombres de Cristo* que «el nombre es una palabra breve que se sustituye por aquello de quien se dice». Y añade que «la perfección de todas las cosas... consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una, sea todas quantas les fuere posible, porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo». Cuadra esto con la ilación de títulos que toca ahora Fresneda. ¿Cómo abarcar Mesías sin Siervo, o Hijo de Dios sin Hijo del Hombre? Tres aspectos se encastran en la obra en lo atañadero a los títulos: la imagen del hombre nuevo; la de la comunidad humana como novedad (solidaridad con aquélla); y función mediadora (ámbito cultural hebreo de por medio). La solidaridad con los hombres está vista desde la obediencia a Dios (Dios es fiel)

De hecho, las famosas tentaciones que sufre Jesucristo en el evangelio (y las vence) sirven de paradigma como vía de reventar tentaciones por su propia base. *¿Quién vence al mundo, si no el que cree que Jesús es Hijo de Dios?* (1 Jn, 5, 4-5). A través de tal obediencia, la comunidad encuentra su sentido y lo muestra en seis trancos: 1.- Se centra en la historia de Jesús. 2.- Participación de todos los miembros. 3.- Se convierte en comunitario lo que parece individual. 4.- El símbolo más visible de ello es la fracción del pan. 5.- La oración se concentra en el *Padre Nuestro*, en especial. 6.- Con tal horizonte, lo que importa es anunciar al Resucitado, y ante esto, la gente se convierte (355-358). Muy apropiado es que el colofón de estos seis puntos arribe a la loa y exaltación del Crucificado, es decir, recorriendo los himnos del Nuevo Testamento. Son formas litúrgicas que del ámbito eclesial fueron recogidas, según es sabido, contando con que algunas fueron retocadas por Pablo, por ejemplo. Entre varias de esas expresiones destacamos Filp. 2, 6-11. Himnos que son de kénosis pura, y a la vez de cercanía de Dios con nosotros inseparablemente; o Col. 1, 15-20, que es Plan de Dios en Historia de la Liberación; que es Poesía (*poiesis- creación*) en movimiento; poder de Cabeza y Cuerpo Místico a un mismo son.

Entrar en la historia de la Cristología era obligatorio, al parecer. El capítulo tercero se titula *La identidad de Jesús*. Nos echamos ahora a la oja la doctrina de los Santos Padres y de los concilios de la Iglesia antigua (367- 447): Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia. De cada gran Concilio se nos aporta doc-

trina y textos. Arduas páginas, especializadas por fuerza, sobre todo por tratar de llevar a estricto lenguaje lo que en sí es inefable. Pongamos por caso, decir *unión hipostática*. Quizás es ahí donde los teólogos de todas las épocas (antigua y actual) siguen cavilando cómo hablar de Dios con palabras de hombres. Hecho imposible de todo punto, pero quizás no vano, a no ser *-historia teste-* que se impusiera una sola forma de habla teológica, condenando (no siempre por razones exclusivamente teológicas) a otras más o menos afines. Sólo muy tarde se ha parado mientes en el tema lingüístico y cultural que se cruza por medio. Por ejemplo, lo ha hecho Jacques Dupuis. Lógicamente. Fresneda, no puede detenerse ahora en ello, puesto que esta obra es de otra constitución, y de otras intenciones. Pero hace un esfuerzo al dedicar unas breves páginas «al significado actual de tales concilios», reconociendo esto: los concilios consiguen responder «no sin grandes dificultades» al desplazamiento del contexto judío de la Creación, a la revelación cristiana de la Encarnación. Dificultad expresiva de toda inculturación que se precie.

Capítulo príncipe, y principal, es el cuarto (463-570): *El Salvador*. Ya en su génesis de esta Cristología, hace años, el autor estaba deseando añadir esta parte soteriológica, que habría de ser un volumen II de aquella parte primera. Responde esta obra ahora a ese conjunto del todo coherente en resituación y páginas, y estos capítulos últimos (4º y 5º) lo muestran fehacientemente. Toda nuestra fe cristiana mantiene que la salvación viene de Dios. En nuestro caso se nos ofrece en Cristo, *hijo y herma-*

no. «No hay otro nombre bajo el cielo concedido a los hombres que pueda salvarnos» (Hech. 4, 12). Esto garantiza el modo de amor, la suerte de relacionarse Dios con sus criaturas. Toda la historia salvífica, no es otra cosa que signos de amor. Desde el comienzo de la Biblia (Gen. 2) presenciamos el mundo ideal posible, y su posterior rompimiento, merced a la libertad dada al hombre y la mujer. A partir de ahí, toda la historia es salvación, también en libertad posible, de parte de Dios que no cesa de hablar de muchos modos y que en nuestros tiempos ha hablado en su Hijo. Puede bien decir el salmo 138: «No abandonas la obra de tus manos». Pero la historia nos ha sido dada para conversión, como si Dios no quisiera hacerla Él solo. He ahí la clave: vivir convirtiéndose, *semper reformanda* la historia, *semper reformanda* la Iglesia, siempre entre continuidad y rompimiento por parte del hombre. Fresneda insiste en los tres estadios: conversión de la persona, conversión del pueblo, conversión de la humanidad. Convertirse lleva aparejado tomar conciencia, *darse cuentas* a sí mismo y a la sociedad del mal realizado, según el profeta Isaías (Is. 64, 5-7). Y tomar conciencia lleva aparejado, a su vez, apelar a la misericordia, implorarla. La valía de esa pág. 470 es su fundamentación en los profetas bíblicos (Amós, Jeremías, Isaías, los Salmos). No es en vano que, a renglón seguido, se nos ofrezcan unas páginas sobre *Crisis y apocalíptica*. Ésta, con tanto jugo profético dentro, revela la lucha entre Dios y el mal, es decir, entre Dios y los manejadores de una historia que se empeña en no ser de liberación. Contradió al canto digno de cura.

Obviamente, ahora cumple que aparezca Jesús y anuncie la cercanía del Reino (484-493), presentando cómo toda la victoria sobre la muerte (493-506) culmina en la resurrección. Habla ésta de la soberanía de Dios. Me parece de perlas esta apreciación del autor: «El reino de Dios lleva consigo, no solo liberar a la persona del hambre y del pecado, sino ofrecer la plenitud de comunión con Dios, comunión que se inicia en la historia y termina cuando ésta alcance su fin último; entonces permanecerá para siempre. Para ello es necesario superar la muerte. Y Dios, que es la Vida por antonomasia, resucita las vidas que en la historia han comenzado a unirse a él por medio de un diálogo de amor» (493). La razón es esta: *Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos* (Mc. 12, 18-27). Pero acontece que la liberación, indefectible,, continúa. YA ha acontecido cuanto tenía que pasar (en el Hijo y su triunfo definitivo), pero TODAVÍA quedamos nosotros. Es nuestro tiempo ahora. Recuerdo haber leído, hace bastantes años, una expresión de Kart Barth muy ocurrente: YA se ha firmado la paz definitiva, pero TODAVÍA quedan por ahí algunos que siguen pegando tiros, y aún no se han enterado de lo firmado. Y también decía: YA se ha parado definitivamente la cuerda del reloj de la maldición. Solo le quedan unos segundos a la aguja, y los notamos. Este es nuestro tiempo. El contenido de la salvación no es factible, por tanto, sin revolver el pecado patas arriba. Recuerdo también haber leído de joven (creo que en Claude Tresmontant) que a Hitler lo que más le exasperaba de los judíos es que hablaban siempre

de pecado, de culpa, y de necesidad de conversión.

Las páginas últimas de este capítulo cuarto (530-586) nos introducen en resonancias para el hoy de Dios entre nosotros, a saber: «los perfiles de la salvación (situación actual)», la solidaridad, la reconciliación, la comunión. Esos perfiles (urgentes los de inculturación actual) aparecen aquí casi como excepción, puesto que en los cientos de páginas ya leídas era otro el lenguaje. Viene ahora aquí una reflexión en punto a la diferencia de culturas entre la de Jesús de Nazaret y su ámbito y el de Occidente de hoy. A la teología, en efecto, le toca salvaguardar lo que pertenece a la revelación cristiana, y distinguirla de las formas y términos posibles en los que se ha transmitido tal revelación. Expresa Fresneda que «hoy la salvación se ha desplazado del ámbito del más allá al histórico» (531). Por eso, quizás, la pervivencia del alma por toda la eternidad puede no ser ya un *locus communis*, puesto que la salvación hoy se sitúa en el tiempo y el espacio (comer, beber, salud, economía) y esto sin menoscabo de otros bienes menos táctiles como la justicia, libertad, dignidad humana, democracia. Por cierto, vistas hoy como propias del esfuerzo humano, y no también como un don gratuito de Dios, y además inmediatez. La advertencia del autor aquí (recalcando lo dicho por la Comisión Teológica Internacional: en *Cuestiones selectas sobre Dios Redentor*) se nos da nítido: el peligro acecha al advenir dimensiones de la realidad esenciales que pueden quedar a oscuras, u olvidadas descaradamente. O de que unos valores se absoluticen cuando no son tales

ni por asomo, por más que los venda, machacona, la publicidad y los mass-media. Hablamos de certezas que están ahí, como el hambre, los enfermos, los olvidados, hablamos de los pobres cada vez más pobres, y los ricos cada vez más ricos. Unos con voz y voto; otros como si en realidad no existieran (*lo que no alaba en la tele, no existe, es hoy ya un axioma*). Recordemos la descripción inquietante (*per contradictionem*) que hizo de nuestro mundo actual la *Gaudium et Spes* (del núm.º 4 al 10).

Añádase a esto que durante siglos términos como sacrificio, solidaridad, reconciliación, pecado, penitencia, se fueron cargando de connotaciones que no se ayuntaban bien con la cultura de otras etapas diacrónicas, dentro de la propia Iglesia. A su vez, no siempre coincidían tales connotaciones con la mejor revelación cristiana. Una hermenéutica *ad hoc* debe desgranar el trigo de la paja histórica. O como decía el P. Ives Congar; hay Tradición y hay tradiciones. *En quaestio!* Son de agradecer a este respecto las págs. 544-554 dedicadas a la solidaridad (la de Dios con su criatura; la de Dios con su Creación, la de Dios con Jesús y con los hombres, la solidaridad entre los hombres). Un tranco iluminador, fundamental en los momentos presentes, y muy válido aquí porque busca a la vez cimentar la cristología contemplativa. El peligro hoy, dentro de la enrachada palabra solidaridad, es que se nos llene la boca de ella, pero también de humo, pajas y vaciedad, y no sepamos qué fuego la vivifica entre tanta paella solidaria, marcha solidaria, baile solidario y festival solidario.

El camino de salvación se titula el capítulo quinto y último. Se trata aho-

ra de una *espiritualidad cristológica*. Capítulo de alta estima, si lo comparamos con capítulos abstractos, etéreos de antiguas cristologías que fuimos usando en tiempos ya idos. Una espiritualidad construye un modo de contemplación irrenunciable, por más que ahora ande un tantico en desuso la falta de oración en nuestro ambiente. Todo lo que reposa es Espíritu, no prisa. Esa espiritualidad nos lleva a dos ríos caudales: 1.- A creer en el Dios que Jesús revela 2.- A aceptar su estilo de vida para así proclamar el Reino (571). Es el tiempo del Espíritu, de la espiritualidad, lo que estamos viviendo como utopía del reposo callado, la necesidad de una vivaz vida interior. Lo que no cale, se lo lleva la corriente. Pero al ser contemplación entramos en un *itinerario* que bien puede ser el bonaventuriano, con el Cosmos, galaxias y aglomeraciones de galaxias, y el hombre que forma parte de ese universo, dice Fresneda. La relación del Creador con sus criaturas es principio de contemplación. Y ahí la belleza es santo y seña, la belleza nos salva, pero quizás eso hoy no se capta tan fácilmente como antaño (era entonces un mundo ruralizado, donde se tocaba la Naturaleza con los ojos y las manos; y hoy la belleza parece de neón y vatios. Un Dios aquel hacedor de orden y armonía, de confianza, por tanto. El cientismo actual que vivimos descubre otras mañas contiguas, además de que hoy ni Dios, ni el hombre, quizás suenan como la cumbre, según se creía en la tradición cristiana. Queda, en todo caso, en pie un correctivo crítico: contribuir a que el hombre no deteriore el Universo y se aleje así de la belleza creída y ensalzada por los siglos.

La centralidad de Cristo-Cabeza del Universo no es baladí a este respecto en una teología franciscana. *Re-capitular* el mundo es belleza, cuando tiene en Cristo consistencia (Col. 1, 17-18). Es la gran mediación del *hijo y hermano* (repetamos el título de la obra).

Cientos de páginas, como llevamos ya vistas, y escritas por un fraile menor como Fresneda, no pueden dejar en un rincón del cuarto oscuro a Francisco de Asís (el *Hermano universal*) a propósito de la *relación fraterna con el cosmos* (589- 600). En Francisco de Asís existen muchas coincidencias de la cultura, bien de signo creyente expreso o latente, bien de una geografía u otra. Históricamente nos llegan a través del *Hermano Universal*, del espíritu de Asís, pero investidas también de quien es llamado el *Alter Christus*, y cuya aceptación está siempre asegurada. Para éste el Universo es hermano sin más componendas. La ecología tiene en él a un aliado histórico de peso, y a un poeta-santo de la juglaría a lo divino. Las criaturas (sol, luna, agua, fuego, viento) están tocadas de fraterno corro. En la plaza de Asís podemos por las tardes-noches jugar al corro con ellas. De ahí que sea Dios loado por las criaturas, porque son todas de belleza incambiable, y como el agua: útiles y humildes, preciosas y castas. Solo el cariño —la admiración que pone el cariño— es lo que cuadra. Ciertamente *portan significación del Altísimo*, y semejanza de Jesucristo en estética teológica. Es la sabiduría de un pobre que se enriquece con poco, porque el Padre Dios da mucho de gratis. Pero hay más si son así de bellas. Hay una añadidura: si son obras del Padre, son hermanas nuestras.

Todavía más revelación: todo esto va unido a una actitud de pobreza, de desasimiento interior y exterior, de dominio de sí sobre la espectacularidad del mundo circundante, gris y repetidísimo a pesar de todo (592- 600). Así llegamos a una convicción subyugante: es factible gozar del Universo, porque no se pretende aprovecharse de él egoísticamente. Se pretende compartirlo como un pan de hogaza en la mesa del Padre Dios. El Universo es también la fracción del pan cosmológico. Ya nos lo avisaron los de Enmáus. Hasta la fracción se morían de dudas. Cuando repartieron el pan, todo se aclaró. Eucaristía cósmica como acción de gracias. Por aquí corre un Amazonas de agua, digo de gracia. Todas esas páginas no se nos deberían caer nunca de los ojos. Tal es su aprovechamiento contemplativo. Y pastoral también.

Hacia el final de la obra –como un *ritornello*– se dedica un apartado a esto: *Lectura de Francisco de Asís* (617-633). El *Poverello* se convierte en guía de Historia de Salvación con su linterna del desprendimiento, porque el *hombre es imagen de Dios y de Cristo*, y muchas más cosas le estorban. De ahí la experiencia sobre la bondad. La vida no es solo buena, sino bella, por la enjundia del reparto. Por éste, Francisco se siente a gusto entre la gente, y eso cuadra –¡quién lo dijera!– con ser contemplativo. No se parten esos dos mundos; se comparten, uno arriba en las *Cárceles*; y otro abajo en el *Siglo de la lana* y el empuje del *borgo*. El hombre visto siempre como imagen de Dios, y a la vez como hijo del Padre trae muchas querencias. Filiación y hermandad son en Francisco misión de Iglesia, servicio

a la humanidad dolida y a un Cosmos sacrificado como víctima. Nace, pues, el hombre nuevo en cada uno de nosotros. Se parte en estas últimas páginas (634-639) de una antropología para ser completada ésta con la irrupción de Dios en Cristo, el Verbo encarnado. Se trata aquí de un breve corolario del pensamiento paulino, es decir, de una nueva forma de vida fundada en el poder de Dios que salva (Rom. 1, 16). Se trata de una configuración con Cristo, que Fresneda retoma volviendo la mirada a Francisco de Asís (653-672). Mirada del modo mismo como éste volvió sus ojos a los leprosos, los menesterosos de este mundo. Hurgando ahora en su *Testamento* excelso. La experiencia franciscana, que es fraterna, se alza como un gesto de amor. Se explica, por tanto, que escriba el *Poverello* en la Regla no bulada: «Empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y la pobreza de Nuestro Señor Jesucristo». El recorrido kenótico de Filip. 2, 6-11 lo revive Francisco como un itinerario de entrañamiento. Cuanta más kénosis más fraternidad. Un modo único de acción de gracias, pero también –añadamos– un modo único de revolución en nuestro mundo actual.

... ..

Llegados al final de este denso trayecto, retornemos a las líneas introductorias. Nos hallamos ante una Cristología que ha venido actuando en estas páginas al estilo oriental, como una repetición ante un tema, como un modo de orvallo que va calando la tierra anhelante. Cristología de lluvia fina. Los instrumentos usados para este que-

hacer, yo los resumiría en estos trazos retóricos: 1.- No hay disgresiones escolásticas especulativas. 2.- Todo lo ahonda la densidad bíblica, como un caldo de cultivo, que es de otro talante que lo anterior, efectivamente. 3.- El estilo de prosa serena es limpio y coadyuva al calado. 4.- El lenguaje referencial acude omnipresente; nada metafórico, nada de frases brillantes; cuida de ir navegando mar adentro (*duc in altum*). 5.- Y, en fin, nada en un equilibrio del plano de la expresión y plano del contenido. Quizás por eso se evita adrede toda tensión polémica.

Punto y aparte merece la bibliografía final. Esta vez, para evitar precisamente la ingesta de notas a pie de página, se ha colocado al final, acom-

pasándola a cada capítulo y a cada gran párrafo. Muy rica bibliografía. Y otro acierto de ella es abundar en artículos y libros en castellano, o en traducciones al español. Por suerte, en estos últimos 40-50 años esa bibliografía abunda.

Acabo. Una obra de este calibre, honra a muchos: al propio autor, a nosotros compañeros suyos (o a quienes fuimos profesores de él), al propio *Antonianum* de Murcia en el que es profesor, y en fin, a Ediciones Paulinas que ha editado la obra de modo útil, precioso y casto. Efectivamente, agua de un *Cántico* en el papel impreso.

* Martínez Fresneda, Francisco, *Jesús, hijo y hermano**. Ed. San Pablo, Madrid 2010, 715 pp., 17 x 24 cm.